

COMENTARIOS

QUE PENSAR DE LOS DISTURBIOS RACIALES DE EE. UU.

La ola de violencia negra que se viene desencadenando hace ya meses sobre los EE. UU. es un fenómeno que ha sorprendido al mundo. Los asaltos a las tiendas, los incendios, los ataques a la policía, han requerido muchos esfuerzos, mucho tiempo y muchas víctimas para ser sofocados. En algunas ciudades, como en Newark y Detroit, las tropas federales han tenido que intervenir, declarándose el estado de guerra y originándose verdaderos combates entre el ejército y los francotiradores negros. Estos cuentan con líderes propios, los cuales no ocultan sus intenciones de llevar adelante la subversión hasta conseguir el "black power", el poder para los negros.

¿Qué motivos aducen estos para adoptar una actitud que tantos daños materiales está causando a la economía del país y que les está enajenando las simpatías de muchos blancos? Según ellos, va demasiado lenta la integración de la población de color, son los negros los que sufren en mayor proporción los efectos del desempleo, de las malas viviendas, de la falta de educación suficiente.¹ En vista de todo ello, han decidido no esperar más y se disponen a obtener todas estas ventajas por la fuerza. Tampoco es ningún secreto para nadie que muchos de estos directivos se hallan influenciados por el comunismo. Concretamente, uno de ellos Charmichael ha hecho profesión de serlo y está resuelto a llevar las guerrillas a EE. UU., según declaró en la conferencia de la OLAS tenida en La Habana en Agosto pasado, a la que asistió. Los éxitos independentistas de los pueblos de África, hermanos suyos de origen, son otro factor digno de tenerse en cuenta.

¿Cómo han reaccionado el pueblo y las autoridades políticas estadounidenses?

Notemos el fenómeno —un tanto extraño para nosotros los extranjeros— de que la prensa diaria en sus comentarios, al mismo tiempo que rechaza la violencia como inadecuada, reconoce como reales muchas de las quejas que aducen los negros y admite que las medidas adoptadas hasta ahora para solucionar esta situación de inferioridad en que se hallan no se han llevado a cabo con la extensión que deberían haberse llevado a cabo.

En cuanto a las autoridades políticas, se puede decir que su actitud ha sido más o menos la misma. Tal es el caso, por ejemplo, del Alcalde de Newark, el cual entonó un verdadero "mea culpa" por televisión (estábamos en Nueva York aquellos días y fuimos testigos del hecho) y admitió que se había dejado pasar demasiado tiempo sin atender las quejas de la población negra, amontonada en uno de los sectores de la ciudad, sin posibilidades de vida digna.²

No deja de ser admirable esta reacción del pueblo y de sus dirigentes, enjuiciando las cosas con serenidad cuando apenas se han extinguido los incendios y los hospitales de las áreas afectadas por los disturbios rebosan aún de heridos, reacción que puede obedecer a una doble disposición mental, a saber: a un sentimiento de culpabilidad que les lleva a soportar este flagelo como una expiación, y a una actitud de tolerancia hacia estos desmanes, considerándolos como un fenómeno pasajero en la evolución de este grupo racial, camino de su integración total en la comunidad americana.

El influjo comunista en todo ello apenas si se tiene en cuenta, llegando prácticamente a despreciarlo como algo puramente circunstancial.

"Lo que sorprende a muchos como un estallido anarquista en el desarrollo de las relaciones raciales, puede no ser más que una etapa normal en el proceso de elevación del negro en la escala social", —declara el P. James A. Carroll, que trabaja en una parroquia de negros en Newark. (Cfr. "America", 22 Jul., 1967, pág. 85).

"El nacionalismo negro —añade— ni es malo en sí mismo ni perdurará por mucho tiempo. Es una fase del crecimiento, fase que no debe ser reprimida por nuestros viejos políticos paternalistas si no quieren hundir más y más en la inmadurez a un gran sector de la humanidad".

1.—"En la actualidad los negros se hallan peor que nunca (dice "America" en un editorial del 29 de Julio pasado). De hecho ha aumentado la segregación en habitaciones y escuelas. Un 30% de la juventud negra está sin trabajo y un 38% de las familias negras gana menos de \$ 3.000 al año. Entre tanto la clase media blanca —incluidos los católicos— han extremado sus prejuicios contra ellos".

2.—Por otra parte es cierto que el Parlamento aprobó una ley para poder reprimir adecuadamente estos estallidos de violencia.

En su razonado artículo compara esta actitud con la que adoptaron otros grupos de inmigrantes (irlandeses e italianos) de otros tiempos, los cuales, a pesar de no estar saliendo de una época de total abandono y sumisión a sus amos como les sucede a los negros, pasaron por un período de exagerado nacionalismo antes de llegar a la total integración. Más aún: el P. Carroll considera a los negros como menos belicosos que aquellos y partidarios de medios no violentos cuando ven que les resultan efectivos.

La importancia de esta cuestión racial ha sido tanto tiempo soslayada y está tan entreverada con intereses, odios y temores, que parecería casi insoluble. Así se expresa un americano tan culto y buen conocedor de ella como el P. Thurston N. Davis, Director de la revista jesuítica "America", el cual, respondiendo a un grupo de personajes de Europa buenos amigos de EE. UU. (que se mostraban extrañados de las vacilaciones y tanteos en que se debate su patria con respecto a este asunto) escribía el 12 de Agosto:

"Acaso nuestros críticos de Europa no acaban de entender hasta qué punto ha invadido el organismo de EE. UU. este terrible cáncer de la injusticia racial, cuán tolerantes hemos sido con este nuestro pecado ancestral, cuán masiva habrá de ser la operación quirúrgica si ha de sanar la carne de nuestra nación".

Si estas afirmaciones no son exageradas —y no tenemos motivo para suponer que lo sean— podrían servirnos para entender un poco mejor lo que está pasando estos meses en la gran República del Norte. En todo caso, un exacto diagnóstico es el primer paso hacia la curación de una enfermedad. Y, conociendo las grandes virtudes de que ha dado prueba la comunidad americana para superar sus problemas internos, problemas propios de un país construido como un mosaico a base de aportaciones de tantas razas y naciones diversas, estamos seguros de que emprenderá también con el mismo vigor y resolución el camino hacia la curación radical de este viejo cáncer.

Si en nuestros países les hemos seguido en equivocaciones semejantes, ahora ceda nuestra crítica el lugar a la reflexión y procuremos imitar la resolución de EE. UU. en el arreglo de los nuestros.

EL ASUNTO DE LOS LÍMITES FRONTERIZOS HONDURAS-EL SALVADOR.

La publicación por el Instituto Geográfico Nacional de Honduras de un nuevo mapa del país en Junio pasado ha dado origen a una protesta por parte de El Salvador. Las autoridades de este último opinan que en treinta diversos puntos del citado mapa la frontera se sitúa dentro de territorio salvadoreño.

Como con anterioridad existían otros motivos de fricción entre estas dos Repúblicas, los Ministros de Relaciones Exteriores de Costa Rica, Guatemala y Nicaragua, actuaron de mediadores en una reunión celebrada en La Antigua (Guatemala) a fines de Agosto, sin obtener otra cosa que la promesa de reunirse de nuevo en otra oportunidad.

La poca fijeza de los límites actuales da ocasión a frecuentes incidentes: expulsiones de campesinos por una u otra parte, incursiones de civiles armados, agitación en los comunicados de los periódicos, etc. Entre estos hechos lamentables señalamos estos dos, que han revestido mayor importancia. Uno de ellos es el arresto en Nueva Ocotepeque de un par de camiones de soldados salvadoreños, los cuales viajaban a un pueblo de El Salvador, fronterizo con Honduras y —al parecer— perdieron el camino y llegaron a dicha ciudad hondureña, donde se entregaron sin resistencia. El otro es el arresto en la hacienda Dolores del súbdito hondureño Martínez Argueta, realizado por el Alcalde del pueblo salvadoreño de Lajitas y condenado por

las autoridades salvadoreñas a 19 años de prisión, acusado de haber dado muerte a algunos campesinos salvadoreños. Honduras sostiene que el arresto se hizo en territorio hondureño y que dichos campesinos fueron muertos, no por Martínez Argueta sino por la Guardia Civil de Honduras, al verse atacada por éstos.

Al parecer la tesis hondureña en La Antigua proponía que, de momento, el acuerdo se limitara al canje de Martínez Argueta y sus tres compañeros por los soldados arrestados en Honduras. El Salvador insistía en la conveniencia de solucionar de un modo general todos los puntos de fricción.

Acaso el asunto menos fácil de resolver sea el de la fijación de límites entre ambos países, que requiere la visita y reconocimiento sobre el terreno de los lugares discutidos mediante una Comisión conjunta de Límites, asunto que lleva sin concluirse desde el siglo pasado, a pesar de haberse intentado repetidas veces. En la actualidad se ha vuelto a poner manos a la obra y se han nombrado nuevas Comisiones que lo realicen.

Recordemos que el 24 de Junio de 1965 se entrevistó con el Presidente de Honduras Osvaldo López Arellano el entonces Presidente de El Salvador Coronel Julio Adalberto Rivera en el pueblo fronterizo de Marcala y como resultado de esta entrevista se firmó con posterioridad en la ODECA un Convenio Migratorio que